



Cuidar en Igualdad

Relatos Federales

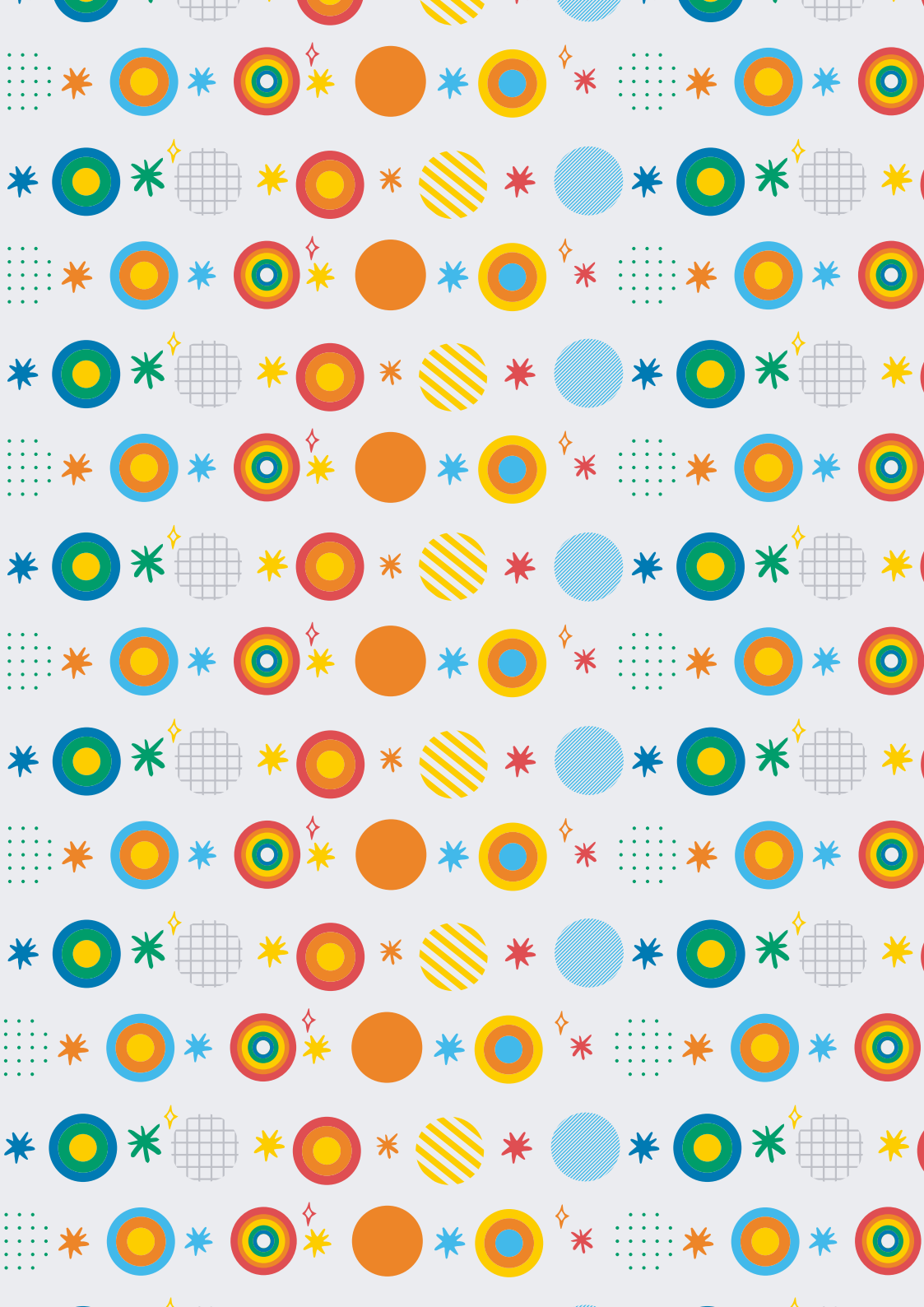
de Cuidados *

**primero
la gente**



Ministerio de las Mujeres,
Géneros y Diversidad
Argentina

Ilustrado por Brenda Ruseler



Ministerio de las Mujeres, Géneros y Diversidad

Relatos Federales de Cuidados / 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial MinGéneros, 2022.
47 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-47999-9-9

1. Perspectiva de Género. 2. Trabajo de Mujeres. 3. Desigualdad. I. Título.
CDD 305.4823

Cuidar en Igualdad

Relatos Federales

de Cuidados *

**primero
la gente**



Ministerio de las Mujeres,
Géneros y Diversidad
Argentina

Autoridades nacionales

Presidente de la Nación

Dr. Alberto Ángel Fernández

Vicepresidenta de la Nación

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Jefe de Gabinete de Ministrxs de la Nación

Dr. Juan Luis Manzur

Ministra de las Mujeres, Géneros y Diversidad

Prof. Ayelén Mazzina

Secretaria Unidad Gabinete de Asesorxs

Loc. Nac. Erica Laporte

Secretaria de Políticas de Igualdad y Diversidad

Lic. Paulina Calderón

Subsecretaria de Políticas de Igualdad

Lic. Lucía Cirimi Obón

Subsecretaria de Formación, Investigación y Políticas Culturales para la Igualdad

Loc. Nac. María Julieta González Salinas

Directora Nacional de Políticas Culturales para la Igualdad de Géneros

Calc. Cient. Graciela Beatriz Santos

Director Nacional de Políticas de Cuidado

Leandro Martín Bleger

Directora de Campañas Culturales para la Igualdad de Géneros

Prof. Clara Pérez Cejas

Directora de Articulación Integral de Políticas de Cuidado

Dra. Sofía Karenina Veliz

* Índice

Prólogo	7
Ama de casa, de Liliana Ancalao	9
Las tardes con Cindy, de Dolores Reyes	13
El papel blanco, de Morena García	19
Estrategias, de Delia Beatriz González	24
Ronda - Canto Responsorial, de Nancy Pedro	29
Esperando que pase el tiempo, de Liliana Cabrera	32
Un mal momento, de Juan Solá	37
Preguntas para leer y reflexionar colectivamente	43



Prólogo

En el marco de la Campaña Nacional "Cuidar en Igualdad" presentamos los Relatos Federales de Cuidados: siete textos de escritorxs argentinxs que a través de cuentos, poemas y canciones narran historias de cuidado.

Lxs autorxs que participan de esta edición nos acercan experiencias personales, laborales, familiares, comunitarias y militantes que tienen como escenario diferentes regiones de nuestro país. Las múltiples formas de llevar adelante el trabajo de cuidado se hacen presentes en vivencias subjetivas donde se reflejan tradiciones, hábitos y costumbres.

Este libro se embarca en la maravillosa y compleja aventura de exponer distintos matices que involucran la organización de los cuidados en nuestra sociedad, desde una mirada integral, interseccional y crítica. Cada historia nos invita a la reflexión desde el enfoque de género, diversidad y derechos humanos.

Los textos nos traen imágenes vivas y presentes que resignifican lo que entendemos por cuidados. Jerarquizan las tareas y actividades que demandan esfuerzo, saberes específicos, tiempo y afecto, a la vez que contribuyen a generar una mayor conciencia y corresponsabilidad colectiva sobre el derecho a cuidar y ser cuidadxs.

En el poema "Amas de casa", Liliana Ancalao reflexiona sobre el sentimiento contradictorio, agobiante y poderoso del trabajo de cuidado que realizaron por años las mujeres amas de casa, dentro y fuera del hogar. Por su parte, Dolores Reyes recupera con delicadeza, sensibilidad y desde una perspectiva interseccional, el lugar fundamental que tienen los espacios comunitarios como ámbitos de cuidado sostenidos a diario por cientos de trabajadorxs, en su gran mayoría mujeres y LGBTI+, que en general no son reconocidxs ni remuneradxs por su aporte fundamental a la economía nacional en "Las tardes con Cindy".

La problemática que visibiliza Morena García en "El papel blanco" es el estigma, la discriminación y la pobreza que afectan especialmente a personas trans y travestis. En el texto relata cómo se expresa la falta de empatía y sensibilidad en instituciones, espacios laborales, educativos, deportivos o de salud, y da cuenta de las vivencias de quienes sostienen la vida de travestis y trans en los márgenes de la sociedad.

El derecho a cuidar y ser cuidadxs no puede circunscribirse ni a la identidad de género ni al vínculo familiar. Maite, protagonista de "Estrategias", está rodeada de los afectos, los cuidados y los apoyos que requieren las personas con discapaci-



dad para vivir sus vidas con dignidad, independencia y plenitud. La potencia del relato que nos entrega Delia González apunta a reconocer y garantizar el derecho a cuidar que también tienen las personas con discapacidad.

La pandemia visibilizó la importancia de los cuidados para el sostenimiento de la vida. Así lo expresa la canción "Ronda" de Nancy Pedro en su estrofa "cantar sosteniendo la vida y a quien la cuida, cantar para quien me ofrezca, cantar para quien me pida". La injusta distribución de los cuidados entre los géneros requiere de una intervención urgente del Estado con políticas públicas orientadas a reconocer este derecho humano. Es por ello que, como vibra en esta melodía, cuidar en igualdad se torna una tarea imprescindible.

En "Esperando que pase el tiempo" de Liliana Cabrera, vemos cómo las redes de cuidado son fundamentales para las personas privadas de su libertad en contextos carcelarios, sobre todo, para las mujeres con hijxs a cargo.

Por último, Juan Solá en "Un mal momento" ofrece una aguda reflexión sobre los estereotipos, mandatos y prejuicios que determinan "buenas" y "malas" madres, y también quiénes son buenas y malas abuelas. Este relato nos interpela sobre los deseos postergados producto de la sobrecarga de cuidados en mujeres y LGBTI+, y las miradas esencialistas que hacen del cuidado una responsabilidad exclusivamente femenina. Si ampliamos la distribución de este trabajo por fuera de los núcleos familiares y de las identidades femeninas, es posible una organización más justa e igualitaria.

Este libro es resultado de una labor colectiva llevada adelante por los equipos del ministerio junto con lxs escritorxs, coordinada por la Dirección de Campañas Culturales y la Dirección Nacional de Políticas Culturales para la Igualdad de Géneros de la Subsecretaría de Formación, Investigación y Políticas Culturales para la Igualdad, entre los años 2020-2022, y en ese sentido da cuenta de un momento histórico en el cual desde el Estado argentino se jerarquiza el trabajo de cuidado.

Deseamos que estas historias sean una herramienta para visibilizar la centralidad del cuidado para el desarrollo y la sostenibilidad de la vida. Poner en valor el trabajo y los derechos de las personas que cuidan, de quienes precisan cuidados y del autocuidado, requiere de un ejercicio continuo de reconocimiento y esta es una de las metas principales de Cuidar en Igualdad.



Julieta González Salinas
Subsecretaría de Formación, Investigación y
Políticas Culturales para la Igualdad



Ama de casa, de Liliana Ancalao

—
volvía a las corridas del trabajo
al que correspondían las horas claras de todas las mañanas

llegaba a casa
de la casa se parte a la casa se vuelve como si a un refugio una jaula
la casa es una misma dice el libro de los sueños su significado
a ella le gustaba limpia y ordenada y nunca estuvo así
los hijos su ajeteo la agenda mental cada vez más apretada

con temor al descuido de que algo se le quedara suelto
que: para mañana la maestra había pedido
el turno en el pediatra: la semana que viene
para antes de ayer las notas entregadas
la lista de lo que falta: ¡ya!, para que él pase al almacén
que su cumpleaños: ¿cuándo?

los sesos estrujados y unos brazos estirados al mundo
por todos los lados el tiempo se escurría
y si ella le sacaba un poco de limosna cada minuto debía ser rendido

Los hijos se fueron yendo su demanda
Se sostuvieron el uno a la otra en cada despedida
Se jubiló de aquel trabajo no de limpiar la casa
si la espalda la cintura no dolieran
se agacharía a limpiar los rincones más profundos
pasaría un escobillón a las paredes

parece que barrer te jode la columna
y alzar a los niños y cargarlos un par de cuerdas
levantar los juguetes la ropa las carpetas
por ese ritual repetido sin descanso
tanto qué hacer y qué pensar
los huesos después te pasan la factura
y comienza a angostarse la memoria



Ahora se queda el viento esperando en remolinos
a que ella limpie la casa como puede
después vuelve a espolvorear los muebles opaca el piso
con el talco de un lago ya secado
las cenizas consecutivas de volcanes
los médanos del campo desertificado.

Ella espera unos días, luego barre
pasa el trapo húmedo por los espacios donde ya no están
las marcas de esos pies pequeños y descalzos
su camino en las paredes los vidrios
el jugo de las naranjas las migajas

el remolino en que vivió tan apurada y sin descanso
transpirada y feliz
dejaron esas vértebras vencidas
y el recuerdo que la anima

la tierra raspa la piel

más adentro están
las tristezas derramadas
la saliva en las palabras
las huellas de las risas

lo imborrable.



Liliana Ancalao pertenece a la comunidad mapuche tewelche Ñamku Wen y es aprendiz de su lengua materna. Nacida en Comodoro Rivadavia, provincia de Chubut, Liliana es escritora, poeta e investigadora de la historia y cultura del pueblo mapuche. Publicó cuatro libros de ensayos y poesía y participó de diversos encuentros de escritorxs de pueblos originarios. Actualmente integra los colectivos artísticos-culturales "Peces del desierto" y "Trovadores Patagónicos".



Las tardes con Cindy, de Dolores Reyes

"La gente que nos cuida también tiene nombre".
Margarita Pando

Cuando el Lionel pequeño llegó al merendero, nadie le preguntó si extrañaba allá. Unas palabras de bienvenida, muchas miradas y el más absoluto silencio alcanzaron para recibirlo, pero el chico traía esa falta grabada alrededor de los párpados, deslizándose por la piel hacia los ojos y dando un salto hasta adentro de las pupilas. Un dolor particular, que de tan oscuro le helaba la mirada hasta hacerla parecer dos bolitas negras arriba del gesto permanente de tristeza en el contorno de la boca. La respiración se le cortaba, suspiraba y se quedaba callado y metido para adentro como si quisiera desaparecer, doblado sobre su cuerpo como una mulita salvaje expuesta a una situación de peligro. Todas las tardes, mientras disfrutaban de galletitas y mermeladas, era habitual escucharlos decir allá cientos de veces porque muchos de los niños hacía poco que habían llegado y decían allá casi todo el tiempo. Allá era su casa anterior, sus lenguas, sus primeros amigos, sus familias, el país que habían tenido que abandonar y en donde quedaban sus tios y tías, abuelos y abuelas, primos y primas y todo lo que habían conocido y amado hasta ahora. Allá era su primera tierra. El Lionel pequeño no le hablaba a nadie y cuando Cindy, la chica que lo recibía cada tarde, le preguntaba por qué no se acercaba a jugar y a tomar la chocolatada con los otros niños, solo decía Quiero a la mamá, apoyaba los brazos cruzados contra la mesa y escondía la cabeza ahí hasta la hora de salir a jugar afuera. Los otros chicos terminaban la merienda y arrastraban las sillas y el Lionel pequeño se sobresaltaba como si se despertase de un sueño. Todavía no había empezado con su vaso de leche y lo miraba como si fuera algo enorme, imposible, hasta darle apenas unos tragos cortos que le dejaban una marca de bigotes blancos que hacía que los otros niños se rieran de él. Mientras escuchaba sus risas, sin llegar a entenderlas, abandonaba la posición en la que permanecía las primeras horas de cada tarde y se animaba, por primera vez en el día, a salir a jugar al campito con los demás.

Los chicos se reían de él como se ríen al principio de todos, pero la insistencia en la inmovilidad y el silencio, sumada al reclamo único por esa mamá y las galletitas abandonadas sobre la mesa en común de todas las tardes, hacían parecer que el Lionel pequeño se había perdido lejos,



volviéndolo blanco de las burlas de la mayoría y de la curiosidad de algunos pocos niños y niñas. Pero si alguno de estos últimos se acercaba, el chico lo rechazaba de tal forma que terminaba de espantarlos.

El Lionel pequeño siempre se estaba defendiendo y nadie sabía bien de qué.

A los únicos que no rechazaba era al Lionel grande y a Cindy, la chica que lo recibía en el merendero todas las tardes menos los domingos y la que parecía preocuparse por él más que nadie en el mundo. Cindy tenía los ojos dulces, la voz calmada que había heredado de la tierra de allá y la facultad de detectar sin esfuerzo cuando alguno de sus niños andaba necesitando algo más que una merienda. Todas las tardes llegaba al merendero antes que nadie y permanecía las primeras horas disponiendo las pequeñas ofrendas en cada uno de los platos de plástico que acomodaba sobre la mesa, que en realidad era tres caballetes abiertos, una tabla larga y un mantel que todos los sábados se llevaba para lavar a su casa. Cindy sentía que el merendero iba siendo el lugar al que le hubiera encantado que la trajeran hace quince años, cuando solo era una niña flaca y asustada, aferrada a la tierra de allá. Los domingos, el único día de la semana que el merendero no abría, el Lionel pequeño había empezado a extrañarla.

Cuando el Lionel grande estaba cerca suyo, el Lionel pequeño levantaba la vista y lo miraba con admiración. Era raro que hubiera en el mismo lugar dos niños de la misma edad, llegados hacía tan poco de sus países, pero de tamaños tan diferentes -el Lionel grande medía veinte centímetros más que el pequeño- llevando los dos por nombre el del jugador de fútbol preferido de sus padres. Nunca se sentaban juntos, tampoco ninguno de los dos hablaba demasiado. Pero el Lionel grande hacía años que había llegado y no parecía extrañar ni entristecerse por nada. Se sentaba con otros chicos, jugaba, cuidaba su vaso de chocolatada y sus galletitas como si fueran tesoros y sabía subirse y bajar de los árboles sin romperse la cabeza.

Cindy, viendo que la situación no mejoraba, intentó hablar con la familia del Lionel pequeño para ver qué podían hacer. No esperaba lo que sucedió el día de la reunión: verlos a los dos tan hermosos no le dejó dudas de



que eran madre e hijo. Conversando con la mujer supo que la mamá por la que pedía el chico era en realidad la madre de esta mamá tan joven y hermosa, la abuela materna, que había quedado allá, en el hogar de siempre, en las afueras de la capital de Perú. La mujer contó que desde hacía años que ella y el padre de su hijo habían soñado con venir a la Argentina y que por eso cuando el chico les nació lo habían nombrado Lionel, pensando que ese nombre iba a ser una suerte de guía en la nueva vida de su hijo.

Unos días después, el Lionel pequeño soñó con su abuela y llegó al merendero aún más triste, pensando que quizás no iba a verla nunca más. Esa tarde, todos los esfuerzos de Cindy fueron inútiles, el chico lloró apoyando los brazos sobre la mesa, haciéndose con ellos una almohada imaginaria donde sumergir la cabeza y esconder las lágrimas, un lugar seguro donde estar con su tristeza. Solo ahí los otros niños dejaron de molestarlo, porque sintieron que algo de su tristeza les estaba hablando a ellos. El merendero quedó en silencio, acompañando la respiración angustiada del Lionel pequeño al recordar.

Los recuerdos pueden llegar a ocupar un lugar enorme en el pequeño cuerpo de un niño, tan grandes que llegan a desbordarse y a salpicar a los pibes y pibas que lo rodean y también a esos adultos que han decidido permanecer junto a ellos cuidándolos.

Muchas veces Cindy había escuchado “Por lo menos hablan nuestro idioma, para ellos va a ser más fácil”. Pero la chica también había llegado de allá hacía muchos años, sabía que nada iba a ser fácil, que se extraña desde adentro hasta los olores y que una anda aturdida porque hasta las plantas son diferentes. Ella sabía que les iba a llevar meses sentirse a gusto, a algunos quizás años, y que de todas formas algo del mundo de allá iba a quedarles tatuado adentro para siempre.

Una semana después, un amigo de Cindy empezó a ir al merendero, casi a la hora en que los niños terminaban y salían a jugar. Traía una pelota blanca, con algunos dibujos geométricos en naranja fluorescente que sacaba de la mochila ante las bocas sonrientes de todos. El primero que se había acercado a la pelota de fútbol, callado pero con los ojos bien

abiertos, había sido el Lionel pequeño, que corría atrás de esa pelota como si algún demonio travieso se le hubiera metido en el cuerpo. Algo en la seriedad con la que se metía cada uno en su puesto, obligaba a los otros niños y niñas a organizarse en equipos espontáneos y olvidarse, así, moviendo las piernas como liebres huidizas, de los cariños y las pérdidas del mundo de allá.

Jugar les iba haciendo olvidarse por un rato de la pena y los volvía, tarde a tarde, un grupo nuevo. Empezaban a conocer sus nombres y a acordárselos. A Cindy ya no le costaba tanto hacerlos comer, del primero al último terminaba volando su merienda para poder salir al campito.

Un día, y otro, otro más, semanas, y empezaban a tener acá también lengua, cariños, amigos y un juego por el que poder apasionarse junto a otros.





Dolores Reyes nació al oeste de la provincia de Buenos Aires y vive en Caseros, Tres de Febrero. Estudió el Profesorado de Enseñanza Primaria en el Colegio Normal 10, y Griego y Culturas Clásicas en la UBA. Trabaja como maestra en Pablo Podestá, a 150 metros de donde están enterradas Melina Romero y Araceli Ramos y muchas de las víctimas de femicidio que marcaron su vida y su escritura. Publicó la novela "Cometierra" (Editorial Sigilo) y los cuentos "Hoy la maté" en la antología "Borges negro y criminal" (Editorial Revólver) y "Bicicletas" en "Conurbe, Cartografías de una experiencia" (Unahur Ediciones).



El papel blanco, de Morena García

La Tety y la Paca blandían cada una, un papel blanco en el aire como quien sacude una bandera blanca. Una bandera blanca firmada con tinta negra que rezaba: Positivo.

La Tety le decía a la Paca que no entendía, que era una sentencia de muerte. Que la gente ya no iba a besarla ni en el cachete, que no la iban a dejar alzar a los bebés de sus hermanas.

Yo miraba con cierta incredulidad semejante puesta en escena.

Porque las travas somos exageradas. Aun así, había un tono de convencimiento mezclado con horror en la voz de la Tety.

Era 1986 y los goles de Maradona todavía resonaban como un grito de independencia contra los ingleses. Como una especie de deuda saldada con espejos de colores. El ánimo se sentía en el barrio, excepto para nosotras.

Nosotras éramos las exiliadas de ese pueblo que sentía una revancha a través de la mano de Dios del exilio al que los sometieron en Malvinas.

En el rancho de la Paca, adornado con un sinfín de abanicos y souvenirs de fiestas a las que no había ido, nos internamos las tres. Ellas dos con el tiempo alquilado. Yo como su cuidadora.

La Paca me estaba enseñando el oficio de ser travesti, la Tety le decía que travesti era un insulto y que nosotras éramos mujeres, pero las dos casi al unísono me decían pupila. Que es la palabra que define a las iniciantes de nuestro mundo.

Yo de cuidado no sabía mucho, tuve que aprender rápido los términos médicos, los científicos y aquellos que usábamos para que los otros no sepan, aunque eso nunca importo, todas las maricas estábamos envichadas. "Azt", "carga viral", "coctel", "El pepe", "estar hasta las tildes" eran parte del nuevo metalenguaje de la supervivencia. Como en todo inicio la advertencia ante la muerte era un sargento que ordenaba la rutina. Medicamentos a horario, almuerzo, cena religiosa y descanso, para apaliar los fantasmas de los rumores de los vecinos. Las caras de las dos iban consumiéndose con el paso del tiempo.

Eran como la postal de algún campo de concentración del cual nadie estaba pensando en salvarlas.



Yo cocinaba con una batería fuerte de engorde, como si agregarle polenta a la sopa del puchero me hiciera agregarle hilo a la ruca de La Parca. Guisos suculentos para rellenar esas depresiones incómodas que iban dejando los pómulos afilados como puntas de naufragios que sobresalen del río.

Noches enteras de una fiebre que no quería dejar el cuerpo de ninguna, y la que se reponía más o menos se iba a laburar y volvía más detonada que antes.

Estábamos presas de ese círculo vicioso.

Estábamos presas de las miradas.

Estábamos presas del miedo.



Las compresas de trapos se apilaban en el fuentoncito con hielo. Yo le rogaba a dios y a cualquiera una pronta mejoría, no solo por ellas, si no por mí. Dios nunca escucho nada, parece que estaba más atento mirándose la mano con la que había hecho el gol del que todos hablaban.

La Paca fue la primera en irse al hospital y no volver. Recuerdo haberla visto aquel último viernes con la mirada al CIELO de yeso. Como implorando, como en esas pinturas que aparecían en la "Extraña Dama". Sin una palabra, solo el gesto. Toda su belleza consumida y con ella, gran parte de mi aliento. El médico se me acercó y me preguntó que era yo de ÉL. Creí no poder contenerme pero lo pendeja no me daba la ferocidad suficiente. La Paca le hubiese gritado incendio. Le hubiese dicho: "Soy más mujer de lo que puedas conseguir y más hombre de lo que puedas ser". Apenas perdimos a la Paca nos dimos cuenta de cuanto la íbamos a necesitar.

La Tety me esperaba en casa, y yo con la carga de pensar como se lo iba a decir. ¿Como lo iba a tomar? ¿Como podía encontrar un lugar entre el mate, el coctel y la desesperanza para acomodar esta nueva desgracia? La Tety era astuta, me dio un besito delicado como ella en la frente y trato de consolarme ella a mí.

Puso Valeria Lynch al palo y me dijo: nena, vamos a limpiar bien la casa, que nunca se sabe cuándo van a venir las visitas. Mi corazón de pendejita le creyó, como cuando me decía que en algún lugar, en algún momento, algún chongo me iba a amar. Con cada abanico que descolgábamos, La Tety jugaba a ser una bailaora, se ataba pañuelos en la cabeza y taqueaba en un frenesí flamenco aprendido de lo que había escuchado de las que sí pudieron irse a Europa. Europa parecía ser un destino parecido al Edén para la Tety, pero cuidar a su vieja que siempre la desprecio pareció

pesar más a la hora de elegir. Los amores también la ataban. Raro era que de todas las personas que me contaba nadie las hubiese venido a ver.

Eran tiempos de miedo.

Eran tiempos de mucho miedo.

Eran los mismos tiempos del odio.

Cuatro años habían pasado de aquella escena poco cuidada que tuvieron La Paca y La Tety en la puerta del hospital, sacudiendo aquel papel. La Tety no era la misma, yo no era la misma. Sentarme en la orilla de la cama, como una gárgola travesti por las noches, custodiando el cuerpo de mi amiga. Por la fiebre, por el oxígeno, por los pañales, por las dudas.

De vez en cuando me tiraba una mirada de agradecimiento con esos ojitos llenos de amor y yo le decía: -Quédate tranquila-, y le ponía bajito "Sobran las palabras" de Fernando de Madariaga, su gran amor de la televisión.

La Tety se fue una tardecita de otoño, la lleve al hospital porque no respiraba bien. Recuerdo mirar por la ventana del taxi las hojas amarillas pálidas de los paraísos que tapizaban el boulevard.

Entro por esa puerta vaivén, me quede parada mientras las puertas se abanicaban con la bolsa que había llevado, llena de remedios, toalla, papeles, jabón y un poco de esperanza en el fondo.

Espere mucho.

A alguna hora que ya no tenía sentido, con la espalda agarrotada, escuche que salía el doctor con un gesto falto de tristeza. Sin ternura. Sin ningún respeto.

Grito a los cuatro vientos: ¡Familiares de Marcelo Mansilla! ¡Familiares de Marcelo Mansilla!

¡Esta vez sí! Esta vez en la inmensa soledad de la sala de la guardia, la piel se me había endurecido. La garganta se tornaba fuego.

Esta vez sí, la pendeja había quedado atrás.

Salte de la silla e incorporé en esos espíritus travestis que había acompañado y le grite incendio a ese galeno moralista que hablaba de mis hermanas como si no le hubiésemos dicho las doscientas mil veces que estuvimos ahí, los nombres. "Fue el principio de algo"- me dije mientras el milico del destacamento me torcía el brazo y me ponía contra la pared.

¡YO soy familiar de ella!, ¡YO soy familiar de la TETY! Se me escuchaba gritar en la sala mientras me llevaban prácticamente a la rastra. Mientras la sala parecía un escenario ideal y la acústica me devolvía el nombre de ella entre tanta mirada ahogada.



Morena García nació en Rosario, Santa Fe, y es parte de la comunidad travesti trans de la ciudad.

Es estudiante de la Licenciatura en Ciencia Política de la Universidad Nacional de Rosario y trabaja en el Área de Internacionalización de la institución. Ha escrito artículos para diversos medios periodísticos y fue invitada como expositora al Festival Internacional de Poesía de Rosario en 2020. Integró "NuesTrans Canciones", un taller de producción musical coordinado por Susy Shock y Javiera e impulsado por el Centro Cultural Kirchner, el Ministerio de Cultura y el Ministerio de las Mujeres, Géneros y Diversidad de la Nación, donde travestis, trans y no binaries de todo el país trabajaron colectivamente en la composición de diez obras que integran "Brotécitos, NuesTrans Canciones".



Estrategias, de Delia Beatriz González

A veces no parece. No. O a ellos no les parece que están haciendo muy bien las cosas. Tan bien como pueden o como les enseñaron que debía hacerse en las campañas que comenzaron ese año por culpa de una sopa mal hervida, en un lugar muy lejano, donde se encapricharon con comer murciélagos. Algunos dicen eso, aunque Maite aprendió en su familia que la verdad no es una sola y por eso hay que pensar. En los murciélagos y en la sopa. Y en la verdad de la milanesa que es de ella y nada más.

Las personas mayores, cuando dicen epidemia o pandemia, piensan que alguien no va a comprender esas palabras difíciles. Maite sí entiende. Y es que en su casa la cosa es que al pan pan, y al vino vino. Hasta las tías de pelo blanco se dan a entender perfectamente.

Maite se envuelve en frazadas tibias con ungüentos. La que prepara los ungüentos asquerosos es ella misma. Se acurruca en el barbijo para que no le llegue tanto olor a ajo, árnica y peperina del monte. Paula, su kinesióloga, una estrategia de los huesos y de los músculos, le enseñó que con su mano buena, se encremara las piernas, así después se les llenan con el humito de algodón de las cobijas. Una cobija te da cobijo, te acobija, como tu mamá. A su otra mano le dice buena porque tiene un poco más de fuerza. Eso no significa que haya alguna mala, le ha explicado también Paula. En casa, todos entienden.

Ese año Maite tuvo que aprender que una epidemia es como un ventarrón de microbios o de bichos invisibles. Así les informa a sus tías cuando vienen a tomar el té y le piden que les haga recitaciones.

-Vamos con tapabocas-, le avisan.

-No son tapabocas. Hay que taparse también la nariz-, las corrige.

Maite hizo moldes en papel y su hermano Santi cortó las telas. Al final su hermana los cosió y el papá unió los elásticos. Papá aprendió a hacer cosas de la casa desde hace mucho. Sus pescados del sábado son los más ricos del universo. La mamá bordó los nombres aunque no es muy de andar con la aguja, a ella le gusta más leer y dar las clases aunque ahora sean por zoom.

Por todo esto que hacen es que le enseñaron a Maite la palabra estrategia.

Estrategas son quienes andan de aquí para allá y ponen curitas, vendas, y hasta te soplan una arena del ojo, como el abuelo Rafael. Hay estrategias

que hacen sopaipillas y les ponen chicharrones a las semitas, después de aplastarlos con una piedra, ahí la tenés a la abuela Delia. En una palabra, son quienes te cuidan porque tienen millón de estrategias y/o estratagemas, dice orgullosa Maite. Tienen tanta sabiduría que pueden regalarte un alfajor, una margarita o prestarte la colección completa de Asterix y Obelix que te pidieron en la escuela.

Esta epidemia de ahora le atacó los pulmones y a veces tose tanto que la hermana mayor le pone una mascarilla transparente para que pueda respirar. Se llama Isabel su hermana, es su estrategia preferida. Mientras le pasa la mano por el pelo, le cuenta esa historia de la tortuga gigante que salvó al hombre de morir en la selva, cruzando ríos y dándole de comer las mejores raíces para que llegara al hospital que estaba lejos. Otra estrategia la tortuga gigante. Después se quedó a vivir en el zoológico y todas las tardes cuenta los instantes en las hojas de los árboles, esperando a que llegue el hombre para que le dé tres palmaditas con las que él le regala su querer.

Isabel le explica también que en este mundo todas las personas pueden ser estrategias de alguien, nunca se sabe de quién, pero una se da cuenta. Se llama sexto sentido, le dice.

Millones de estrategias protegen al planeta como si fueran las manecillas de un reloj al que los duendes les dan cuerda acá y allá, donde hace falta, para que el tiempo siempre siga andando.

- Yo soy tu estrategia cuando te hago una trenza porque te libero de los piojos-

Y Maite se ríe un poco de vergüenza, otro poco porque es lindo apoyar su cabecita por las siestas y estarse horas en su falda o en la de mamá, mientras le pasan el peine fino.

A Maite, además de este bicho, mucho antes le había entrado otro. El nombre es demasiado raro como para repetirlo, y la hace andar en silla de ruedas y, a veces, hablar un poco más lento. Para escribir no hay que andar a toda velocidad. Por eso escribe poemas llenos de estrategias. El que más le gusta a Isabel dice así:



Brenda Ruseler

En la rueda hay un botón
En el botón hay tres puertas
En las puertas cinco tuercas
Y un tecito de alcanfor.

Firma: Maite



Isabel le dice que se va a curar cualquier día de estos, muy pronto, porque el oxígeno es como un escobillón transparente que le limpia las arterias que tenemos por todo el cuerpo

Maite por fin tiene el corazón lleno de aire limpio, y sabe que un día no muy lejano podrá volver a la escuela, para contarles qué hay que hacer si te agarra cualquier bicho que se abiche desde adentro de la sopa que alguien hizo a millones de kilómetros o en la esquina del planeta. No fue una sopa de maleficios ni de ardides como los de la bruja Babayaga.

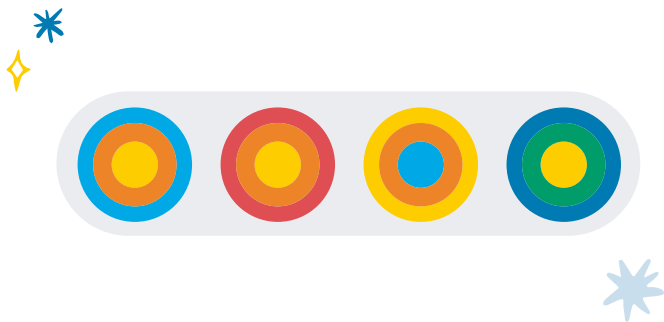
Es que cuidar es un alto trabajo. Un trabajo manso o buenardo, le dice Isabel. Solo estrategias esenciales pueden ir de acá para allá y de allá para acá, tomar la temperatura en el antebrazo, y avisarte si el termómetro da más de 37°.

Ahora, por las noches la gente sale a los balcones y aplaude a millones de guardianes y de guardianas que más geniales no pueden ser. El mundo entero se ha llenado de gente que es experta en hacer algo: sacar la basura, darte la sortija en la calesita o trabajar de girasol cuando el cielo está nublado.

Y es que Maite tiene una gran certeza. Tiene la convicción de que en este planeta a nadie se le puede ocurrir inventar un veneno para que no puedas respirar. Y además los murciélagos son suaves, y ven en la oscuridad para atajar cualquier maleficio de porquería.



Delia Beatriz González nació en la provincia de San Juan. Es Magíster en Letras por la Universidad Nacional de San Juan y ha realizado diversas especializaciones y diplomaturas en Lectura, Escritura y Educación. También es docente e investigadora. Es autora de los libros de poesía "Contra todo naufragio o terremoto" (1997) y "Para hechizarte mejor" (2001), y en 2019 publicó "¿A que no saben quién es la bruja?", un libro de poesías, juegos y cuentos dedicado a infancias con actividades para docentes. Actualmente coordina "Haz de Trama", un taller de lectura y escritura para niños, jóvenes y adultxs.





Brenda Ruselet

Ronda, Canto Rponsorial

Ronda Ronda
Ronda Ronda

Cantar sosteniendo la vida
Y a quien la cuida y a quien la cuida
Cantar para quien me ofrezca
Cantar para quien me pida

Ronda Ronda
Ronda Ronda
En esta tierra plural, Redonda
Que el Canto Responda
Que el canto Responda



Hay oro brillando en las grandes manos
De quien ha cuidado,
de quien ha cuidado

Le toca recibir a quien tanto ha dado
Quien ha trabajado,
quien ha trabajado

Hay que repartir de igual manera
La inmensa tarea,
la inmensa tarea

Ronda Ronda
Ronda Ronda
En esta tierra plural, Redonda
Que el Canto Responda
Que el canto Responda

Cuidar en igualdad es imprescindible
Hoy es posible,
hoy es posible

~~~~~

**Nancy Pedro** nació en Tafi Viejo, provincia de Tucumán. Es cantante, compositora, escritora, gestora cultural, docente y madre. Coordina y participa de gestiones a favor de los derechos humanos, la igualdad de género y la visibilización de las mujeres y LGBTI+ en los escenarios argentinos. Actualmente es Coordinadora Regional del INAMU en el NOA y su material discográfico es tan variado como sus propuestas artísticas.

~~~~~



Esperando que pase el tiempo,

de Liliana Cabrera

Durante dos años Laura vio las noches desde un fragmento de la ventana en su celda. Siempre el mismo recorte; entre el hormigón de los otros pabellones que se levantan como fantasmas. Todos los días fueron iguales, aunque todo el tiempo tuviera una incertidumbre constante. La cárcel es el lugar donde lo que no está escrito, no existe, disponen de vos sin consultarte, te llaman por el apellido, pasas a ser un número: un número de causa, un número de legajo; el número de pabellón se convierte en tu alojamiento. Todos los días hablaba por teléfono con sus hijxs; su horario telefónico lo dedicaba entero a hablar con ellxs, nunca les falló, aunque haya significado un gasto diario en tarjetas telefónicas que pagaba con su "peculio", así es como se le llama al magro salario que ganaba en el penal por trabajar en el taller de costura. El resto del dinero lo sacaba afuera, lo retiraba mensualmente su hermana para pagar los gastos de lxs chicxs. Aún en la cárcel, Laura ejerció como pudo sus tareas de cuidado, ya que con ese pequeño sueldo, ayudó a su familia a solventar cualquier gasto. Esperaba con ansias los días de visita. En las cárceles de hombres, quienes visitan siempre son mujeres y disidencias, y en las cárceles de mujeres, son otras mujeres y otras disidencias, las que cada fin de semana llegan temprano, con frío, con lluvia, con calor, tomando un tren y varios colectivos, para hacer la fila y poder entrar al penal por un par de horas. A Laura, su hermana, nunca le falló una visita. Jimena hizo de madre, de consejera, de psicóloga, de abogada llevando los papeles cuando la defensoría no le daba ni tronco de bola, fue su oído y su sostén del otro lado del teléfono. Llegaba cargada, con los bolsones y con lxs chicxs. Afuera cuidó sus hijos y fue armando para ella una red, que antes de



la detención ninguna de las dos tenía. Mientras tanto, Laura pidió el arresto domiciliario. La ansiedad se mezclaba con la esperanza y el miedo. Pero estaba acostumbrada a ser una sobreviviente. Sobrevivió a la miseria como pudo, cuando se quedó con dos hijos y embarazada prácticamente en la calle, cuando su marido fue en cana y lo llevaron a Marcos Paz, a un tren y dos colectivos de distancia, cuando después lo trasladaron al penal de Rawson días antes de nacer su hijo. El mundo que conocía se le fue haciendo cada vez más áspero. Golpeó puertas, su familia también estaba en la lona; vendió medias en los trenes mientras la miseria y el hambre le mordían los talones, hasta que llegó una oportunidad que sería difícil de rechazar. Le ofrecieron llevar unos paquetes cruzando desde La Matanza a Capital como acompañante en un auto. Le dijeron que nunca mire lo que había dentro de los paquetes, y que no haga preguntas. Laura cumplió. Como no hacerlo; de golpe pudo comprar comida, pudo aportar para el alquiler, pudo comprar todo lo que ella y sus hijos necesitaban. Pagando sus deudas, mantendría otra deuda mucho más cara, pero esta vez con la justicia que no toma las situaciones por las que pasan las personas como atenuantes. Lo hizo una, dos veces. No se imaginó nunca, que una madrugada la policía le patearía la puerta en la casa de Jimena para hacer un allanamiento. Tiraron todo el mundo al piso, rompieron todo a su paso, no encontraron nada, pero las escuchas telefónicas la comprometían. Laura fue trasladada a Ezeiza, hasta que una mañana de esas que parecía igual a todas las demás llegó la notificación: le otorgaban el arresto domiciliario. Un camión penitenciario la llevó desde la cárcel a La Matanza. Los guardias la bajaron esposada, le dio mucha tristeza que sus hijos la vieran así, pudieron evitarlo como podrían evitar tantas cosas. Llegó el equipo de monitoreo y cambiaron sus esposas por una tobillera GPS. Le explicaron que no podía salir del radio. Su radio eran dos habitaciones, el baño y la cocina, no incluía el patio. Preguntó como haría para llevar los chicos al colegio, le dijeron que no podía. Tampoco podía salir al patio porque sonaría la alarma del GPS y no tenía permiso. Preguntó cómo haría para llevar sus hijos al médico; dijeron que debía hablar con su defensora, y hacer el pedido al juzgado y que podía demorar. Consultó "¿Y si es una emergencia?" contestaron, "tiene que estar muy bien fundamentada, si no, se le revoca el arresto". Recién cuando se fueron, tuvo las manos libres para abrazar a sus hijos. Pasaron seis meses, Laura estuvo todo el tiempo encerrada en su casa. No fue a verla ninguna trabajadora social de ningún organismo del estado, ni del juzgado, ni de ningún lado. La que vino fue la policía, a altas horas de la noche, despertando a todos, diciendo que les figuraba el alerta como si se hubiese sacado la tobillera. Laura estaba



durmiendo en su cama. Constataron que la tobillera estaba funcionando mal. Vino Monitoreo y la cambió. No le pidieron disculpas. Pocas veces pudo hablar con alguien de la defensoría, su defensora en persona nunca la atendió. Su hermana sigue haciendo malabares para llevar a todes a todos lados: sus chicxs y sus sobrinxs, a la escuela, al médico, a la plaza para que tomen un poco de aire. Luego hace changas y vende medias en el tren como su hermana lo hacía antes. Laura no puede salir a trabajar. A veces se les complica mucho llegar a fin de mes y pagar el alquiler. Ya no puede aportar como lo hacía antes cuando estaba en el penal, donde paradójicamente parecía tener más derechos que cumpliendo el arresto en su casa. No cobra ningún tipo de subsidio económico. Le da vergüenza que su hermana banque todo. A veces dice que no tiene hambre, para que la comida alcance para todes. Los días acá también parecen iguales. Le gustaría poder terminar el secundario, aprender algún oficio. Quizás ir a una psicóloga. Igualmente cada día, como si fuera un caballo de carreras que lleva anteojeras, despierta con mucho amor a lxs chicxs, lxs baña, lxs peina, lxs prepara para la escuela aunque no sea ella quien lxs puede llevar, les prepara la leche que muchas veces debe rebajar con agua para que alcance y les pinta un mundo de esperanzas que en esos momentos borran cualquier tristeza y cualquier privación, porque mamá ya está en casa para seguir luchando.



Liliana Cabrera es poeta, editora independiente e integrante del colectivo Yo No Fui. Estuvo detenida siete años en la cárcel de mujeres de Ezeiza, donde empezó a escribir poesía. En esos años escribió tres libros de poemas: "Obligado Tic Tac" (2010), "Bancáme y punto" (2011) y "Tu nombre escrito en Tinta china" (2012). Creó la editorial "Bancáme y punto", primera editorial cartonera intramuros. Integra el Colectivo Editorial Tinta Revuelta de YoNoFui y es tallerista en la Unidad 31 de Florencio Varela y el Complejo Penitenciario Federal IV de Ezeiza.



Un mal momento, de Juan Sola Basado en una historia real.

Todo es culpa de la Nélidea.

Por más que me quieran explicar, por más que me digan que no tengo que meterme, porque la vida es cosa de una y la mar en coche, lo de la Nélidea me dejó verdaderamente pasmada. Irse así, sin un solo aviso, sin una sola carta, algo. Dejarla sola a la Raquelita, isola y con tres criaturas! Pobre gurisa, que apenas se sabe limpiar el culo ella y para madre, se nota que no sirve. Los mocosos andan dando vueltas por el barrio sucios y en patas hasta tarde y a mí me da una lástima, realmente me hacen pasar un mal momento.

Los nenes en general tienen derecho a pasar tiempo con su abuela, pero los de la Nélidea especialmente, ¡criaturitas de Dios!, que ni padre tienen y la gurisa tiene que hacer de proveedora y de madre al mismo tiempo. Una pensaría que cerca de la muerte la gente se pone más solidaria, pero se ve que la Nélidea nunca fue una mujer de pensar en los demás y la prueba está en esto de irse así, sin avisar, sin despedirse.

El susto grande lo tuve el martes a la mañana cuando la Raquelita puso esa foto en internet que decía "te vamos a extrañar, mamita". Me agarró una cosa en el estómago que pensé que era del café con leche, pero no. Ahí nomás agarré el teléfono, la llamé a la Claudia y le dije vos viste que se murió la Nélidea, che. No somos nada.

La Claudia se puso a llorar y yo le dije te dejo llorar tranquila que tengo un dolor de estómago que debe ser del café con leche. Creo que me respondió algo, pero no entendí y le colgué. Sale caro hablar por teléfono como para andar desperdiciándolo así. Ya lloraremos sin apuro cuando nos veamos en el velorio, pensé, metiéndome al baño.

En eso de tramitar el dolor de estómago estaba yo cuando escucho timbrar otra vez el aparato. Debe ser la Raquelita avisándome lo de la madre, pensé, subiéndome los calzones. Corrí para no perder la llamada y levanté el tubo justo cuando la Claudia decía que yo era una vieja pelotuda.

- ¿Qué dijiste, maleducada? -pregunté ofendidísima, y en vez de pedirme perdón, la Claudia me repitió clarito lo que había dicho.

- Sos una pelotuda, mamá. La llamé a la Raquelita llorando como una boluda y se me cagó de risa por teléfono. La Nélidea no se murió, mamá:

se fue de viaje. Está en Córdoba, recorriendo el valle. Dice la Raquelita que era su sueño.

No sé si estaba aliviada o enojadísima. Cómo me hacen una cosa así, dije. La insensible de la Claudia me respondió que a mí no me habían hecho nada.

No supe cómo explicarle lo del dolor de estómago sin entrar en detalles, así que preferí preguntarle si sabía cuándo volvía la Nélida.

-No vuelve más, mamá. Se quedó a vivir en el valle, cerca de un cerro. Vendió la casa y se fue. Te juro que yo la entiendo, eh. Yo también estoy medio podrida de Balvanera.

Me dolió que la Claudia hable así del barrio que la vio crecer jugando en el balcón, pero más me dolió lo de la Nélida, que se hizo pasar por muerta para no venir a despedirse. Con la de veces que la he ayudado, prestado plata, ollas, cubiertos. Cuando el marido de la Raquelita se fue, hasta ropa le di.

Me agarraron unas ganas de pedirle que me devuelva todo, pero ya habían pasado diez años y esta egoísta no había dejado ni un número de teléfono.

-No quiere que la ubiquen, mamá. Dijo algo así como que tenía más ganas de subir al cerro que de cuidar nietos. Viste que hoy por hoy, vieja es sinónimo de guardería. Para qué tienen hijos, digo yo.

Me quedé en silencio y con la boca abierta tanto tiempo, que la Claudia me tuvo que preguntar si le había colgado. Me dijo que me llamaba después, pero no me habló en todo el día.

Recién el miércoles me escribió para comentarme que el padre de los nenes no volvería como había prometido, así que iba a tener que suspender la clase de salsa del gimnasio. Por supuesto, me di cuenta que la nena quería que le cuidara los hijos, pero ella sabe que a las cinco pasan El Precio del Poder, y mirá que yo le dije que se inscribiera en el horario de la noche y no me hizo caso, y por no hacerme caso, me tuve que pasar la tarde gritándole a los mocosos para que me dejaran escuchar la declaración de amor que le hizo Roberto a María Rita después de que estuvo dos años en coma, pobrecito. La nena me dijo que no me preocupe, que a la novela la pasan en Yutub, pero yo ese a canal no lo tengo. Yo tengo Facebook y el Solitario, que le pedí al nene que me instale porque él anda en esas cosas de la computación.

Jueves a la noche: otra vez sopa. Que era el cumpleaños de no sé quién, alguien del colegio secundario. Pregunté por el padre y dice la Claudia que no viene hasta el fin de semana. Me enojé mucho, pero le dije que sí,

que los trajera. Después de todo, soy la abuela. ¿Quién los va a cuidar mejor, si no está la madre?

Viernes a la tarde, sin siquiera telefonear de por medio, me tocan el timbre. Abro la puerta y me encuentro con la Micaela y el Santino, que "dice mi mamá que nos hagas la leche". Ay, que me agarró una indignación. Justo a la hora de El Precio del Poder.

Trajeron ropa de dormir y los cepillos de dientes. Les tuve que hacer la leche y también la cena, el desayuno y el almuerzo porque se me instalaron hasta el día sábado a la tarde.

-Mañana almorzamos juntos, viene Marcos -me dijo la nena, contenta, cuando los pasó a buscar.

Como a mí me importaba una mierda que el marido volviera y seguía malhumorada porque me había perdido los primeros veinte minutos de la novela del viernes, le respondí a los gritos que ni se le ocurriera aparecer. Me llamó a la noche, después de las ocho, sabiendo que yo ya iba a estar más calmada porque a esa hora tomo la pastilla. Me pidió perdón y la perdoné, por supuesto, si es mi hija, sangre de mi sangre. Me dijo que las cosas estaban más o menos con el marido, que no sabía qué hacer. Le dije que se vinieran al día siguiente, que me perdone ella, que les hacía fideos caseros.

-Pero vos dijiste...

-No importa lo que haya dicho. Vengan, vamos a tener un domingo familiar en paz.

Quince minutos duró la paz. Los nenes empezaron a pelearse por el celular, la Claudia me rompió un vaso y el marido me preguntó si alguna vez había pensado qué iba a hacer cuando ya no pudiera valerme por mí misma.

-La verdad que no sé, Marcos -le respondí ofendidisima. -Una no anda pensando esas cosas.

-¿Cómo que no, Luisa? Yo lo pienso seguido. Estos dos -y señaló a los hijos -no me van a dar bola cuando sea viejo.

-La nena a lo mejor...

-La nena menos que menos, Luisa. Dice que va a ser futbolista. ¿Vos te la imaginás cuidándome? Me va a dar un pelotazo en la cara. ¿O no, Mica?

-Sí, papá -le dijo la gurisa.

Yo la miré a la Claudia, como esperando a que opine algo, pero comenzó

SHHH



a juntar los platos en silencio y no le dijo nada a las criaturas cuando arrancaron a decirse groserías mientras peleaban por el control remoto. Era como si no los escuchara, como si ella y el marido estuvieran muy concentrados en nuestra conversación, cómo si finalmente estrenaran una charla que les había llevado mucho tiempo de ensayo.

Me sentí sola por primera vez en mi vida desde que murió Rogelio.

Claudia dejó pasar el asunto y se puso a preparar café mientras el marido avisaba que se llevaba a los nenes a comprar helado.

Cuando nos quedamos solas, le pregunté qué había querido decir Marcos con eso de "valerse por uno mismo". Yo no sé qué tan delgada será la línea que separa la autonomía de la lucidez, pero no debe ser mucho más gruesa que la que separa el cuidado de la carga.

Claudia me cambió de tema cada vez que quise volver al asunto de la vejez. Pareciera que le cae mal. A lo mejor, le da miedo llegar a vieja y que los hijos le hagan a ella lo que ella quiere hacerme a mí.

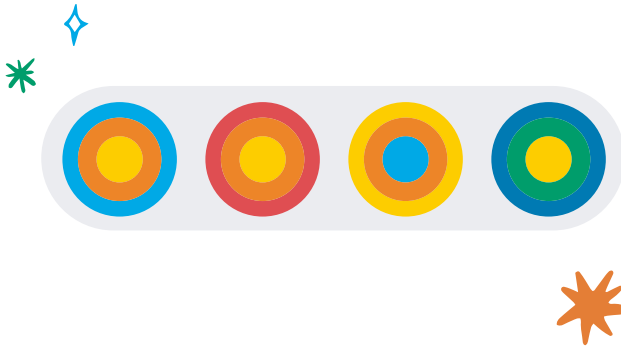
Cuando Marcos y los nenes volvieron de comprar helado, Claudia sirvió dos compoteras y me dijo que iban a salir un rato con el marido. Vamos a tratar de pasar tiempo de calidad en pareja, me dijo, agarrando las llaves y la cartera. Ni siquiera fue capaz de ofrecirme helado. Si ella sabe lo que me gusta el helado; el padre siempre me traía un potecito los viernes a la noche. Creo que eso fue lo que no me dejó dormir. Eso y el hecho de que no volvieran a buscar a los nenes. Y el recuerdo de Nélide. Todo es culpa de Nélide.

Como no pude dormir, desperté a los gurises a las seis de la mañana, les hice el desayuno y les dije que le mandaran un mensaje a la madre avisándole que la abuela Luisa se fue.

Se habrá asustado cuando leyó el mensaje, pobre Claudia, pero a los nenes no les iba a pasar nada, si a ellos los cuidan los celulares. O las computadoras, o las niñeras, pero yo no. A mí no me agarran más de boluda. Que vayan a cagarle la novela a otra si quieren aprender salsa, faltaba más. Me voy, yo también quiero conocer Córdoba. Quién sabe, a lo mejor hasta me la cruzo a la desgraciada de la Nélide y le digo que todo esto es culpa de ella.



Juan Solá nació en la ciudad de La Paz, Entre Ríos. A corta edad se radicó en Resistencia, Chaco, donde cursó sus estudios y con solo diez años publicó su primer libro, "Cuentos para compartir". Escritor, editor del sello Árbol Gordo y referente LGBTI+, publicó las novelas "Invisible" (Ediciones B, 2020), "Naranja en flúo" (Sudestada, 2019), "La Chaco" (Hojas del Sur, 2016) y "Ñerí" (Hojas del Sur, 2016), y los libros de relatos "Microalmas" (Sudestada, 2015) y "Épica urbana" (Sudestada, 2016.)





Preguntas para leer y reflexionar colectivamente



Las tareas de cuidado son actividades centrales para el sostenimiento de la vida. Sin embargo, son invisibilizadas y, en muchos casos, no remuneradas.

Las mujeres, lesbianas, gays, bisexuales, travestis, trans, intersex, no binaries y otras identidades de género y orientaciones sexuales (LGBTI+) asumen la mayor parte de estas tareas en respuesta a estereotipos que lxs colocan en el rol de "cuidadorxs naturales".

Esta injusta distribución del trabajo de cuidado es el corazón de las desigualdades de género. El tiempo, esfuerzo y la carga mental que se impone sobre las personas cuidadoras tiene consecuencias en todos los ámbitos de sus vidas, limitando el ejercicio de sus derechos.

A continuación, compartimos algunas preguntas orientadoras para reflexionar colectivamente a partir de los textos que componen este material.

1. De acuerdo con lo que leyeron en el poema de Liliana Ancalao "Amas de casa":



- ¿Cuáles son las actividades de cuidado que se nombran en el texto?
- ¿Cómo están caracterizadas? ¿En qué contexto ocurren? ¿Cuánto tiempo insumen en la vida de la persona que las realizan? ¿Son importantes? ¿Son valoradas? ¿Qué lugar ocupan los cuidados en la vida de esa persona? ¿Cómo se reparte ese trabajo de cuidado?
- ¿Quién lo lleva adelante? ¿Podemos observar mandatos familiares en torno a estos cuidados? ¿Cuáles? ¿Cómo hace la protagonista para compatibilizar el trabajo dentro y fuera de la casa? ¿Este trabajo aporta valor a la economía en general?

2. De acuerdo con lo que leyeron en el texto de Dolores Reyes “Las tardes con Cindy”:

¿Cómo se siente Lionel en su nuevo entorno? ¿Cómo se explica ese desarraigo? ¿Quiénes son lxs cuidadorxs que aparecen en el texto? ¿Qué rol cumplen? ¿Qué tienen en común Cindy y Lionel? ¿Por qué Lionel necesita que le cuiden? ¿Es justo que debamos tener altos o medianos ingresos económicos para pagar por los cuidados que necesitamos? ¿Todas las personas como Cindy que realizan trabajos de cuidados deberían percibir un salario? ¿Cuáles son las redes de cuidados que observamos en el texto? ¿La mamá de Lionel podría ir a trabajar si no existiera un espacio comunitario que lo cuidara? ¿Crees que se deberían reconocer y mejorar las condiciones de trabajo de las personas que se dedican a cuidar en contextos comunitarios?

3. De acuerdo con lo que leyeron en el texto de Morena García “El papel blanco”:

¿Quiénes son la Tety y la Paca? ¿Cómo se sienten las protagonistas respecto del contexto social en el que viven? ¿Qué tipo de habilidades y capacidades necesitan para cuidar? ¿Por qué quieren o necesitan aprender “el lenguaje médico”? ¿Existen diferentes aptitudes según los géneros a la hora de cuidar? ¿Qué estereotipos reconocemos en la intervención de la institución de salud? ¿Cuáles son las condiciones de vida de Tety y La Paca? ¿Qué tipo de redes las sostienen? ¿Por qué es importante que las llamen por sus nombres?



4. De acuerdo con lo que leyeron en el texto de Delia Beatriz González "Estrategia":



¿Quiénes cuidan a Maite? ¿Cómo se cuida Maite a sí misma? ¿Cómo cuida Maite a sus cuidadorxs? ¿Qué rol cumplen esxs cuidadorxs? ¿Cómo es la relación entre quienes cuidan y quienes son cuidadxs? ¿Cómo entiende Maite las "estrategias" desplegadas en distintas situaciones? ¿Cómo es la relación de Isabel con Maite? ¿Cómo participa el papá en las tareas de cuidado? ¿Con qué recursos la cuidan a Maite? ¿Cuánto tiempo lleva ese cuidado? ¿Qué instituciones son nombradas como parte de estos cuidados? ¿Consideras que es justo que Maite deba contar solo con su familia y/o tener altos ingresos económicos para recibir los cuidados que necesita? ¿Reconocés mandatos o estereotipos en torno a los cuidados descritos en el cuento?

5. De acuerdo con lo que leyeron en la copla "Ronda" de Nancy Pedro:

¿Qué relación existe entre los cuidados y el canto como sostenimiento de la vida? ¿A qué se refiere con la expresión "hay oro brillando en las grandes manos de quien ha cuidado"? ¿Qué significa interpelar a quienes cuidan en términos de "trabajdorxs"? ¿Dónde podemos identificar la necesidad del cuidado más allá de las personas o poblaciones que hoy son cuidadas? ¿Por qué se necesita repartir esa tarea? ¿Cuál es la magnitud de las tareas de cuidados que identifica la autora?





6. De acuerdo con lo que leyeron en el texto "Esperando que pase el tiempo" de Liliana Cabrera:

¿Cuál es la situación de Laura? ¿Por qué está presa? ¿Quién es la persona que cuida de sus hijxs? ¿Qué tipo de contención o cuidados recibe Laura? ¿Aparecen otras instituciones en la organización de los cuidados en este relato? ¿Cuáles son los modos de opresión que la atraviesan? ¿Cuáles son las principales injusticias que es posible identificar en el texto? ¿En qué condiciones están Laura y su hermana para percibir cuidados? ¿Qué lugar ocupan lxs niñxs en este relato? ¿Cuáles son las alternativas laborales para Laura? ¿Qué deseos o expectativas tiene Laura? ¿Cómo se compatibiliza su necesidad de autocuidado con la exigencia de brindar cuidados a otrxs?

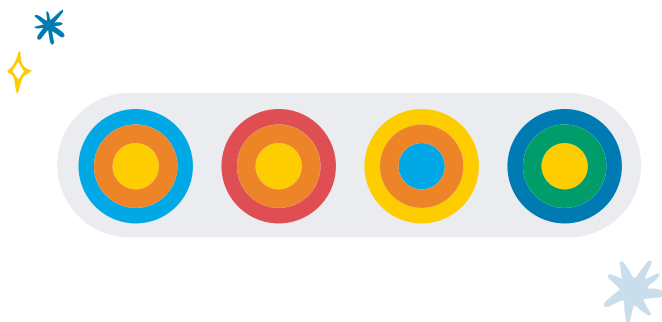
7. De acuerdo con lo que leyeron en el texto "Un mal momento" de Juan Solá:

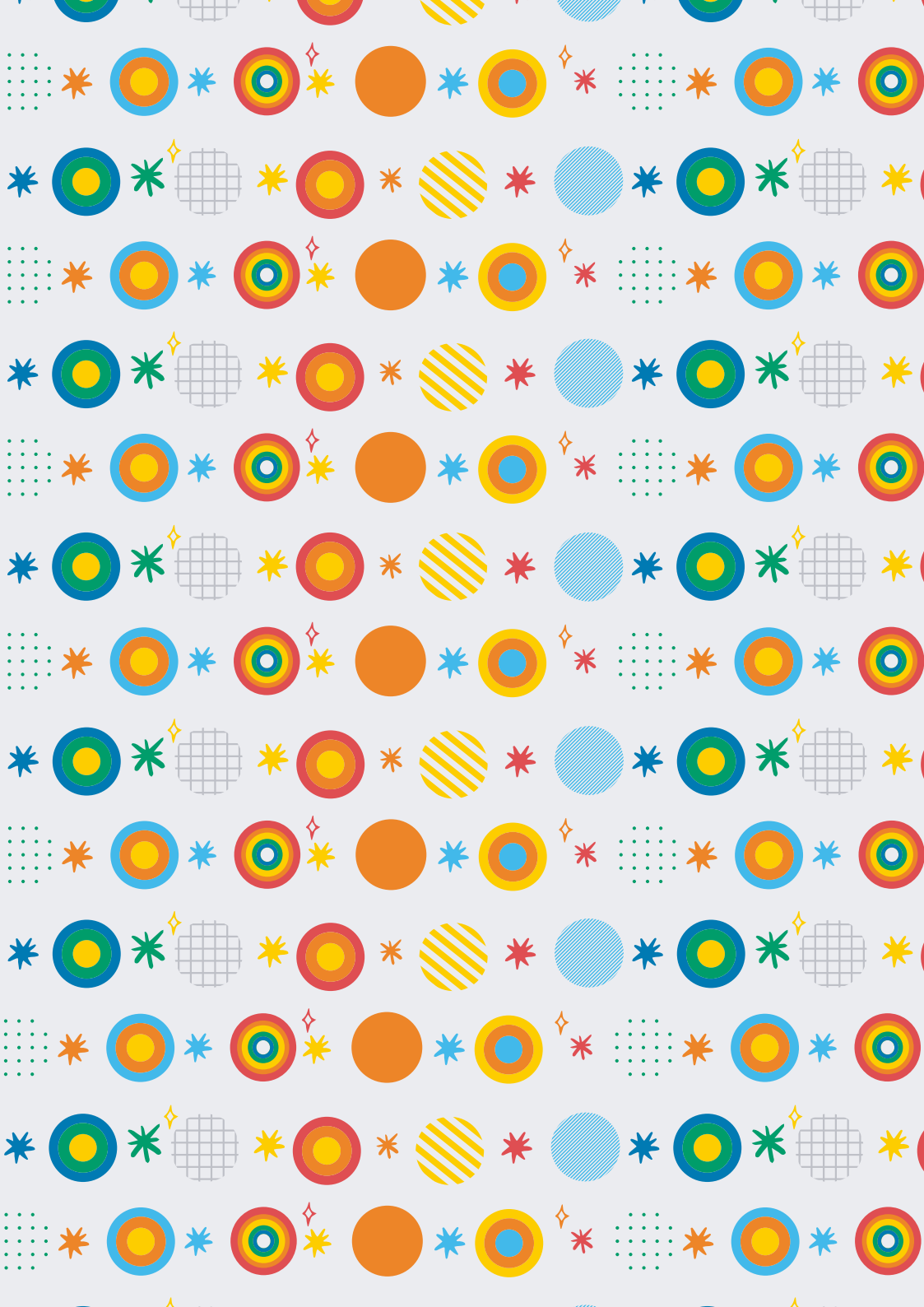


¿Qué lugar tiene Luisa en la estructura familiar? ¿Cómo es la relación entre Luisa y sus nietxs? ¿Cuál es la situación de Claudia? ¿Qué rol cumple el padre de lxs niñxs en las tareas de cuidado? ¿Por qué Nélica se va de viaje? ¿Cuáles son los deseos de Luisa? ¿Qué función cumple Raquel? ¿Cómo se describen en el texto las tareas de cuidado? ¿Cuáles son los mandatos y prejuicios en torno de esos cuidados? ¿Aparecen otras instituciones en la organización de los cuidados en este relato? ¿Cuáles son los recursos económicos disponibles de Luisa y de Claudia? ¿Qué sentimientos aparecen asociados a los cuidados? ¿Qué pensás de la decisión que tomó la protagonista?

Ilustraciones

Brenda Ruseler es diseñadora gráfica e ilustradora graduada en la Universidad de Buenos Aires. Desde que nació, en enero de 1991, nunca dejó de dibujar. Actualmente trabaja de manera independiente y se especializa en ilustración editorial. Sus trabajos han sido publicados en diarios, revistas, libros infantiles y productos con sus diseños aplicados. El humor y los colores fuertes son sus mejores aliados.







Direcciones

Balcarce 186, 6° piso,
C1064AAD

Av. Paseo Colón 275, 5° piso
(mesa de entrada),
C1063ACC

Entre Ríos 181, 9° piso,
C1079ABB

Cochabamba 54,
C1064ACA

Teléfono

+54 943429010 / 7079
(Recepción Paseo Colón)

MinGenerosAR [f](#) [t](#) [@](#)

*primero
la gente*



Ministerio de las Mujeres,
Géneros y Diversidad
Argentina

